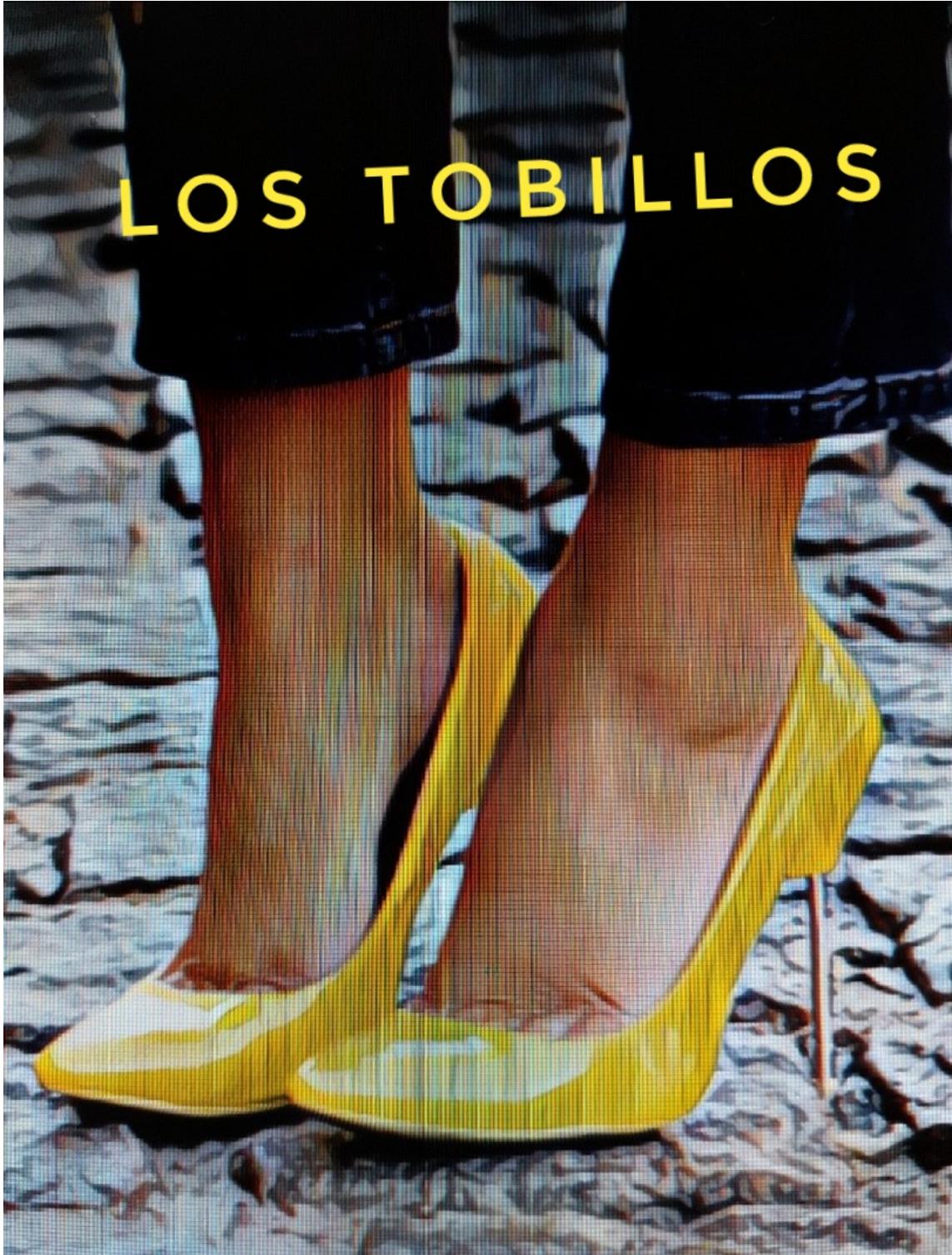


# Los tobillos

Juan Carlos López Bravo



# Capítulo 1

## Los tobillos

Trabajo en uno de esos grandes mastodontes que pueblan los centros financieros de las grandes ciudades, el rascacielos (siempre me ha gustado esta palabra y no sé por qué no se usa, con la misma lógica, para otras cosas, por ejemplo, llamar a un avión, rompeaires, o a un huracán, arrancacasas), pero bueno me he ido, lo dicho, ahí trabajo yo.

Todas las mañanas una manada de seres humanos ataca a los ocho ascensores que hay en el gigante recibidor central del edificio, distribuyendo a la masa por las entrañas de ese laberinto de oficinas y despachos, en total 6.000 almas trabajan dentro del monstruo que traga y escupe además 2.000 visitas diarias, he oído que en un solo día aquí se mueven miles de millones de euros en negocios, pero yo tengo mis propias estadísticas, y he calculado que, al menos 50 parejas hacen el amor diariamente en el edificio, y casi todas son infidelidades..., los lugares preferidos son los baños, los cuartos de la limpieza y fotocopiadoras y por supuesto los despachos. Yo he sido testigo de varios de esos divertimentos en mi empresa y para mi pena, no puedo aportar ninguna experiencia a esta estadística, aunque me encantaría estar en los números.

Bueno, el caso es que yo soy muy maniático y siempre cojo el mismo ascensor aunque puedo escoger entre varios para llegar a mi planta, la 43, la del licor, como la llamamos de cachondeo en la oficina (aunque a mí me hubiera gustado trabajar en la 69, pero sería muy difícil ya que el edificio solo tiene 50). Mi ascensor es el tercero por la izquierda, siempre el mismo, da igual que haya mucha gente o poca, siempre elijo el mismo, para subir y para bajar. Me he fijado y el resto eligen uno u otro, en función de varios factores que yo no consigo adivinar.

Cuando entro en el ascensor, siempre me pongo en el mismo sitio, en la esquina del fondo a la derecha, y me apoyo siempre ahí, en el córner. Desde ahí tengo una visibilidad perfecta de todos los pasajeros de esa lanzadera hacia el esfuerzo y la dedicación, me gusta observarlos, imaginar que vida tienen, si son felices, y las caras, que son el espejo del alma, me proporcionan siempre mucha información.

Este pasado lunes entró una chica nueva en el ascensor, lo sé por sus tobillos, que no los había visto nunca antes, tengo que confesarlo, tengo obsesión por los tobillos de las mujeres, no por todos, no crean, solo por los especiales, los que me gustan, siempre tienen que ir asociados a unos zapatos de tacón, y cuanto más alto el tacón, mejor. No puedo evitarlo, me encanta la combinación geométrica entre un tobillo fino y unos

stiletos de tacón de aguja.

Ya casi nadie lleva eso a trabajar, cada vez es más raro verlos, las mujeres van con calzados más cómodos y me privan de ese voyerismo terrible que padezco, pero desde que los vi el lunes, no pude levantar mis ojos de esos tobillos, de esa ligera inclinación que hace el pie dentro del zapato para mantener la verticalidad del cuerpo, tan delicado que parece que el tobillo se va a tronchar en cualquier momento. Ella siempre entra a la misma hora que yo, se suele poner en la esquina de mi derecha y se baja en la planta 42, una antes que la mía. No puedo levantar mi vista de esos tobillos hasta que sale del ascensor, hay días que la gente me impide verlos, pero según vamos subiendo, se va despejando y entonces vuelven a mi campo de visión, una maravilla.

Cada día de la semana ha usado unos zapatos diferentes, color rojo el lunes, amarillo el martes, azul el miércoles, rosa fucsia el jueves y... hoy viernes hay mucha gente, y casi hasta el final no he podido verlos, estaba deseándolo y de repente...¡hoy lleva unas New Balance! ¡no me le lo puedo creer!

He levantado la vista, y la he mirado..., de repente se han abierto las puertas, estábamos ya en la planta 42. Ella me ha devuelto la mirada, ha sonreído y ha salido, solo quedábamos los dos en el ascensor, cuando estaba fuera se ha vuelto, ¡es guapísima!, no había visto su bonito rostro hasta ese momento. Antes que se cerraran las puertas la he oído decir:

Ya pensaba que nunca me mirarías a la cara...

Después, las dos hojas de acero inoxidable se han juntado y el ascensor me ha llevado a la planta del licor.

Ya no he vuelto a verla nunca más.